

ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DEL DESARROLLO DE LA MUJER

Busch, Dorrit
Funosas, Mirta

“Vivir y sentirse vivir son dos cosas incompatibles... Si en los momentos de infelicidad, cuando el mundo nos parece vacío y todo sin sugerencias, nos preguntan qué es lo que más ambicionamos, creo yo que contestaríamos: salir de nosotros mismos, huir de este espectáculo del yo agarrotado y parálítico. Y envidiamos los seres ingenuos, cuya conciencia nos parece verse íntegra en lo que están haciendo, en el trabajo de su oficio, en el goce de su juego o de su pasión. La felicidad es estar fuera de sí - pensamos” (Ortega y Gasset; 1916)

“La vida humana es toda ella simbólica y creo que lo importante no es en principio la fecundidad del cuerpo, sino sobre todo la fecundidad afectiva y espiritual” (Dolto, 1982)

Chiozza (1963) sostiene que el desarrollo comprende crecimiento, procreación y sublimación. Sabemos que “hay épocas especialmente propicias para crecer, otras para procrear y otras para sublimar; y que si bien es cierto que estas tres modalidades de la materialización se imbrican y se superponen, corresponden preferentemente a tres épocas de la vida: el crecimiento corporal, a los años de la infancia; la procreación, a la edad adulta, y la sublimación, a la tercera edad de la vida. La posibilidad de que una persona se pueda desarrollar en la plenitud de su forma dependerá del adecuado equilibrio entre estos tres procesos.” (Chiozza y colab, 1996).

El autor (1996) piensa que la sexualidad y la sublimación no se pueden reducir una a la otra; que es tan equívoco esperar toda la gratificación del ejercicio de la sexualidad, negando la necesidad de sublimar, como suponer que el desarrollo sublimatorio implica el fin de la genitalidad o que se debe llevar a cabo cuando ella falta. Creemos que estas ideas son especialmente significativas para aquel período de la vida que marca el ingreso a la tercera edad.

Profundizaremos ahora algunas situaciones de la evolución edípica¹ femenina, vinculadas con esa etapa de la vida, que despertaron nuestro interés.

¹Freud (1924; 1931) nos enseña que el complejo de Edipo es un proceso que sufre vicisitudes diferentes en la niña que en el varón. En el varón se caracteriza por el miedo a la castración que lo lleva a renunciar al amor incestuoso que tiene para con la madre. La niña, en cambio, ya se sentiría castrada y es su complejo de castración lo que la lleva a alejarse de la madre para buscar al padre. Las vivencias frente a la prohibición serían diferentes en la niña que en el varón.

Freud (19) sostiene, además, que la evolución psicosexual de la niña es más compleja que la del varón, ya que debe sobrellevar tres cambios importantes para cumplir un desarrollo normal: debe realizar el pasaje de la madre al padre, desplazar la mayor parte de la excitabilidad del clítoris a la vagina y transformar sus fines sexuales activos en pasivos.

Subraya, por otra parte, la gran importancia de lo que llamó la prehistoria del complejo de Edipo, signada en ambos sexos por la temprana relación afectiva intensa con la madre. La niña,

La dificultad de conciliar sexualidad y maternidad

Chiozza (1994) decía que el duelo por la maternidad puede quedar dificultado por los aspectos que han quedado sin satisfacer y que el desarrollo profesional e intelectual de la mujer puede inhibirse, al llegar la finalización de la época de procrear, si no se elaboraron los conflictos con la maternidad².

Silvia Bianconi (1995) afirma que el hecho de que cada uno de los sexos represente sólo una mitad del género humano despierta una de las vivencias más difíciles de soportar. Agrega que se necesita un yo fuerte para poder aceptar plenamente tanto la carencia como la fusión con el otro.

Para la autora la mujer con dificultades en la genitalidad puede convertirse en la “madre” del marido, originándose así situaciones equívocas que se hacen más evidentes con el devenir de la menopausia y el crecimiento de los hijos. Subraya que en nuestra época “se nota más la tragedia de la mujer que, habiendo negado su genitalidad, no la puede usar para la concreción de otras obras junto al varón, más allá del hijo concreto”.

Según Langer, con la llegada de la menopausia, la mujer que nunca gozó su genitalidad, ve desaparecer su última posibilidad. La mujer de carácter rígido, de intereses limitados, frecuentemente es presa de angustia frente a la pérdida de sus atractivos sexuales y a la vejez que se avecina. La autora cita a Thèrese Benedek quien dice que “el climaterio no puede privar a la mujer de lo adquirido

frustrada y celosa por lo que siente como el abandono y la traición de la madre, se siente incompleta y le reprocha entonces su carencia. El complejo de Edipo de la niña es mucho más unívoco que el del varón y “es raro que vaya mucho más allá de la sustitución de la madre y de la actitud femenina hacia el padre”. (Freud; 1924;1931).

Klein () y algunas continuadoras, discutiendo la supuesta posición falocéntrica de Freud, subrayaron básicamente el conocimiento precoz por parte de la niña de la vagina, de su capacidad procreativa-maternal y de su femeneidad. Sostuvieron, entre otras cosas, que la niña puede adoptar una actitud viril por las frustraciones y ansiedades sufridas en relación a sus tendencias primarias femeninas. También afirmaron que la niña no puede permitirse mucha agresividad contra su

m*****za

*****za

(1994*) señaló que la gran mayoría de las mujeres no llega al desarrollo intelectual por vocación y culminación de un proceso gratificante, sino por renuncia y sustitución; esas mujeres siempre experimentan un conflicto entre su vida profesional intelectual sublimada y su vida erótica, procreativo y familiar. También remarcó que el duelo por la maternidad puede obstaculizarse por la vivencia de que los hijos que ha tenido, al no ser hijos ideales frutos del incesto, no son totalmente gratificantes. Añadió que, a pesar de que el hijo no cumpla con las expectativas ideales, existe una diferencia significativa entre la mujer que tuvo hijos y aquella que no los tuvo.

en madurez psicológica y en vínculos afectivos con su compañero, con sus hijos y con todo su ambiente social” (Langer; 1951, pág. 227).

El modo femenino de incluirse en el mundo de la cultura

Sucede con frecuencia que la mujer manifiesta su inquietud respecto al lugar que le corresponde en la sociedad y a la función que le estaría destinada en ese “organismo”. Creemos que esta inquietud aumenta cuando llega la madurez, época que generalmente coincide con el momento en que los hijos se van del hogar.

En relación a este tema, Areu Crespo sostiene que mientras que el varón se mueve en el orden de la justicia, sustentado en la igualdad y la responsabilidad social, la mujer promueve vínculos asimétricos relacionados con la ética del corazón y de la excepción, que caracterizan al “orden de la misericordia”³.

Mientras el niño quiere asesinar a su padre y poseer a su madre, la niña anhela ser la preferida del papá y por ello el rival debe continuar existiendo. “Al mismo tiempo, el hecho de ser la preferida -para permitir el acceso a la genitalidad adulta- debe necesariamente acompañarse de una tolerancia que la hembra primitiva parece haber tenido: la tolerancia al sentimiento de tercero excluido”.(pág 18).

En el mundo de la justicia la mujer ya no es la preferida, ya no se tolera la irresponsabilidad y el orden de la misericordia ya no tiene vigencia. Se reactivan, además, las fantasías de asesinato⁴. El ingreso auténtico en el mundo de la cultura, que se relaciona con lo que Chiozza llama convivencia y trascendencia, en la mujer requeriría de un esfuerzo adicional ya que se trata de ingresar en un mundo que se rige por el orden de la justicia. (Areu Crespo; 1992).

Por otra parte Salzman y colaboradores (1994) señalan que el ejercicio adulto y sublimatorio de la feminidad toma la forma de la incitación a la obra y al cambio.

El ingreso en una nueva etapa

³En su relación con la prole, continúa la autora, la hembra despliega su necesidad de proteger, de amar, de nutrir, de hacerse responsable. La maternidad múltiple le da la posibilidad de recrear una escena en la que ella es ahora el centro y convertirse así en motivo de celos para la prole que se la disputa. En la maternidad la hembra encuentra la posibilidad de desplegar su potencia y sus pulsiones no sólo libidinales sino también agresivas. En este sentido, escribe que cuando esta figura materna toma la forma agresiva desde el niño se siente como un terror sin nombre. (Areu Crespo; 1992).

⁴ Weizsaecker sostiene que “el crimen más terrible es el matricidio”.(Weizsaecker;1950; pág 16).

En un mundo en que la “vida útil” del ser humano se ha prolongado mucho, en el que la vida familiar está en crisis, las parejas tienen pocos hijos⁵ y el rol de la abuela prácticamente ya no tiene importancia, la mujer menopáusica, que aún se siente “joven” y con “toda una vida por delante”, se halla frente a una cantidad de problemáticas nuevas a resolver. Ocurre que las tareas hogareñas brindan ninguna o escasa posibilidad de gratificación y, entonces, siente que tiene que desarrollarse en un mundo en crisis⁶ en el cual carece de modelos identificatorios para enfrentar esta nueva etapa. Se encuentra, por lo tanto, con la necesidad de “crear” y de “inventar” una vida muy diferente a la de su madre⁷.

Resulta significativo que, si bien la mujer pierde su capacidad de procrear⁸, no pierde la posibilidad de ejercer y gozar su sexualidad genital⁹. Podríamos pensar que el miedo a envejecer encubre una fobia al presente y que la falta de modelos despierta mucha angustia y persecución¹⁰. Chiozza (1963) sostiene que la imago correspondiente a niveles fetales es una “madre” terrorífica que destruye y licúa, amenazando con aniquilar completamente al sujeto y que puede engendrar la vivencia de “estar metido en algo sin salida”.

La mujer debe ingresar ahora en otro orden que le exige cambios quizá tan importantes como los que realizó en la pubertad, cuando cambió de zona rectora y de objeto. Si bien el ejercicio de la sexualidad genital continúa, se hace cada

⁵Según Langer (1951) la cuarta parte de las mujeres norteamericanas llegan al climaterio sin haber tenido un hijo.

⁶Weizsaecker (1956) escribe que el tema del hombre y de la mujer merece un tratamiento especial y que se lucha por la igualdad de los derechos de hombres y mujeres sin conocer todavía la diferencia cualitativa que existe entre ambos. De este modo nunca se llega a un resultado satisfactorio.

⁷Chiozza expresa (1984) que, cuando los hijos se van del hogar, se produce una separación que implica para los padres un reexamen de los valores y exige una valentía particular, que es la valentía del cambio que ya no puede ser negado. Agrega, en otra oportunidad, (1996) que en esta época es necesario poder dar “un paso al costado” y poder tolerar ser “figura de fondo”.

⁸Creemos que el cese definitivo de la menstruación puede despertar fantasmas de mutilación, confundiendo menopausia (etapa normal del desarrollo) con esterilidad patológica. Langer (1951) escribe que el pueblo ha visto siempre en la esterilidad un castigo de Dios y que en la esterilidad está presente una fijación a la madre, una hostilidad, un desafío y una sumisión inconciente a ella.

⁹Masters y Johnson (1966), estudiando la respuesta sexual de mujeres de más de cincuenta años de edad, refieren que, si bien se suele asignar a la falta de esteroides la mayoría de los malestares físicos y los problemas anímicos que aparecen con la edad, todavía no se sabe con certeza qué influencia tiene la falta de estas hormonas sobre el organismo femenino. Observaron que a pesar de los cambios involutivos de los órganos reproductores, no existen motivos para que la menopausia entorpezca el ejercicio de una sexualidad satisfactoria de la mujer, sobre todo si ésta tuvo una experiencia sexual anterior continua y gratificante. “El avance de los años no pone límite preciso a la sexualidad femenina” (pág.220).

¹⁰Langer (1951) señala que en este período de la vida se reactualizan los conflictos que despertaron en la pubertad. La menarca significa tanto el orgullo y el alivio por la integridad de los órganos femeninos, como la humillación y la herida por no ser varón. Así como la niña púber se enfrenta con las expectativas acerca de la futura maternidad, la mujer madura necesita resignificar ahora su feminidad y, por lo tanto, su antigua relación con la madre.

vez más evidente la necesidad de volcarse a actividades sublimatorias que tienen un valor comunitario realizando aquel “esfuerzo adicional” para integrarse en el mundo de la cultura.

Finalizaremos con las reflexiones que Chiozza realiza al hablar de las transformaciones en la convivencia que están ocurriendo actualmente. Dice que “el auge del individualismo (...) nos muestra hoy sus formas caducas” (Chiozza; 1982, pág 30). Agrega que “sin trascendencia la vida es una flecha disparada al azar (...), que la vivencia de vacío existencial y de desmoralización es la consecuencia de una manera equivocada y limitada de vivir (...) mientras que el desarrollo en la plenitud de la forma necesita del sentido que brinda la agregación social”.(Chiozza; 1982*).

Podríamos pensar que, así como el ser humano necesita tener un yo fuerte para tolerar la idea de ser “sólo la mitad del género humano”, también lo necesitaría para soportar “la incipiente conciencia de que su existencia misma de individuo es un concepto relativo al punto desde el cual se lo contemple” (Chiozza; 1982, pág. 34).

Chiozza (1988) expresa que la percepción de la propia insignificancia representa una importante injuria narcisista. Este sentimiento y la vivencia de que la vida y el mundo continuarán sin nosotros, nos enfrenta con **el más radical de los duelos**, cuya elaboración nos conduciría a comprender la verdadera magnitud del presente.

BIBLIOGRAFÍA

Areu Crespo, M. (1992) *El sentimiento de misericordia*, trabajo presentado en el CCMW, Buenos Aires, 1992.

Bianconi, S. (1995) *Acerca de lo vaginal y lo uterino (nociones preliminares)*, trabajo presentado en el CCMW, Buenos Aires, 1995.

Chiozza, L. (1963)

Chiozza, L. (1988)

Chiozza, L. (1996) (Obesidad)

Chiozza, L. (1996) (ateneo)

Doltó, F. (1982) *Sexualidad femenina*, Paidós, Barcelona, 1984.

Freud

Langer, M. (1951) *Maternidad y sexo*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1978.

Masters, W. y Johnson, V. (1966) *Respuesta sexual humana*, Editorial Intermédica, Buenos Aires, 1967.

Ortega y Gasset, J. (1

Salzman y colab. (1994) *La incitación: un aspecto de lo femenino*, trabajo presentado en el CCMW, Buenos Aires, 1994.

Weizsaecker, V. (1950) *Casos y problemas clínicos*, Editorial Pubul, Barcelona, 1950.